

## TRAVAIL DE LA FOI, PRESENTADO POR JACQUES PERRET

### NOTA PREVIA

Traducimos un breve texto de Jacques Perret, de 1962, editado por Xavier Huot. Lo tomamos de uno de los Cuadernos en los que X. Huot recopiló, durante años (hasta su muerte el 28 de diciembre de 2018), los documentos que fue recogiendo en torno a Légaut y a los “grupos Légaut” (1). Entre dichos documentos, se cuentan bastantes grabaciones magnetofónicas de los topos de Légaut, de los años 60 y 70, que Xavier, su mujer Eliane y Guy Sohier (fallecido en este año de 2022) fueron transcribiendo. Xavier estuvo en contacto con nosotros desde 2013 y nos enviaba generosamente sus Cuadernos, que es de donde hemos extraído algunos documentos publicados últimamente, en continuidad con los que antes nos había enviado Thérèse de Scott, nuestra primera fuente de inéditos para los *Cuadernos de la Diáspora*.

Esta recensión de Perret sobre *Trabajo de la fe* (2) –el libro que inauguró la segunda etapa de escritura de Légaut–, apareció en los *Cahiers Universitaires Catholiques* (octubre de 1962), pp. 35-36. Como saben los lectores de los *Cuadernos*, J. Perret fue un gran amigo y colaborador de M. Légaut durante años, entre 1922 y 1933. J. Perret, de estudios literarios, ayudó a Légaut, de formación matemática, a descubrir y desarrollar sus capacidades de escritura. Ambos amigos fueron los últimos del grupo célibe de *normaliens* que quiso

---

(1) Ver: *Varios textos sobre Marcel Légaut de 1929 a 2010*, Cuaderno 9, vol. 1 (1929-1975), Ed. X. Huot, ACML, pp. 44 y 45.

(2) *Trabajo de la fe*, Madrid, AML, 2020 (2ª edición).

dedicarse al estudio y a la animación de la red de enseñantes católicos, hombres y mujeres, que se fue formando en torno a ellos y a M. Portal (fallecido en 1926). El filósofo Étienne Borne escribió en 1992, con ocasión de la muerte de Perret, es decir, dos años después de la de Légaut, un emotivo testimonio sobre el influjo de los dos amigos entre los universitarios y enseñantes católicos durante los años 20 y primeros 30 en Francia (3).

En 1933, J. Perret decidió casarse y, por razones de trabajo, se fue a vivir a Montpellier, junto con su mujer, también del grupo, hasta que regresaron a París. J. Perret, importante latinista, fue catedrático en la Sorbona y especialista en Virgilio y en las leyendas en torno a la fundación de Roma. A él se debe (a raíz de una consulta que le dirigiera la marca IBM en 1955) que en Europa llamemos “ordenadores” a lo que en América llaman “computadoras”. El hecho es que la separación de los dos amigos fue dolorosa para ambos pues, de fondo, se debió a decisiones y orientaciones distintas, tanto en lo profesional como en lo personal y en la actitud ante el cristianismo. No obstante, los dos amigos siguieron siempre en contacto, tal como prueba esta recensión así como algunas cartas entre ellos que se conservan y que este año hemos leído y comentado en un grupo de estudio “internacional”, formado por dos españoles y siete franceses, con idea de profundizar en aspectos de la vida y de la obra de Légaut y de otros miembros de los grupos. En cuanto al contenido y al enfoque de la recensión, quienes conozcan *Trabajo de la fe*, donde Légaut reunió siete escritos suyos de los años 50, enseguida verán que Perret se fijó en algunos aspectos en especial, como la conversión y el fracaso (tema del capítulo quinto) o las Bienaventuranzas. Temas, sin duda, muy de Légaut, que reelaboró el

---

(3) Étienne BORNE, «Marcel Légaut y Jacques Perret, dos maestros, “hogar” de una intensa espiritualidad», *Cuadernos de la Diáspora* 23, AML, Madrid, 2011, pp. 65-68 (ver en: [www.marcellegaut.org](http://www.marcellegaut.org)).

espíritu de pobreza según su idea de la “carencia de ser” pero que, sin embargo, no son los únicos de dicho libro.

## TRAVAIL DE LA FOI

Jacques Perret



Este pequeño libro es difícil pero importante. Difícil porque, ante una obra compuesta por ensayos sucesivos que retoman una y otra vez unos mismos temas desde perspectivas diferentes, corresponde siempre al lector recomponer y articular su contenido según las necesidades de su propia búsqueda personal. Y difícil al mismo tiempo porque no es posible circunscribirlo a ningún género en particular. Podríamos adjudicarle sin duda el carácter de un testimonio personal, pero podría tratarse igualmente de una meditación o incluso de una reflexión analítica sobre las condiciones generales de la vida cristiana. Corresponde por tanto al lector diferenciar entre la interpretación que se hace de los hechos y la realidad en la que parece basarse, o entre las particularidades de una vocación concreta y el significado y la validez que pueda tener para cada uno.

La importancia de este libro, por otro lado, radica en que se centra en un aspecto de la experiencia cristiana raramente descrito. Son muchos los casos de conversiones junto con la narración de sus respectivos procesos y sus esperanzas, pero escasos los testimonios de viejos perseverantes que juzgan el

devenir de sus propias vidas, en cuyo caso solo caben dos registros posibles: el de una acción de gracias por los dones recibidos de Dios, o bien el balance de un resultado más bien exiguo, junto con la evidencia de que muchas preguntas siguen sin respuesta, y la consiguiente apelación a la misericordia divina, implorando más fe en que nada no esté perdido del todo. Y esto segundo es precisamente lo que encontraremos aquí.

Asombra de entrada el esbozo de un fracaso humano y en cierto sentido religioso (en la medida en que el cristianismo incluye e implica lo humano), dibujado con una lucidez a menudo cruel y desmenuzado con una precisión realmente digna de un hombre de ciencia, que renuncia, a su vez, a cualquier posibilidad de huida al enfrentarse al fracaso en el marco de la existencia.

Dejemos que un cierto amor propio natural repela tales pensamientos, ciertamente peligrosos en tanto que una de sus vertientes puede conducir directamente a la desesperación, ese territorio donde el espejismo campa a sus anchas. Con todo, los ejemplos del salmista y de los penitentes bastarían para concluir que hay un camino posible hacia la santificación. Légaut cree, en efecto, que el bagaje de la propia experiencia con el que cuenta cada uno, sus treinta o cuarenta años de experiencia personal, pueden llegar a ser un tesoro precioso, el lugar donde Dios le espera en la sinceridad del corazón. De algún modo, piensa Légaut, la llamada a la fe resurgirá aún más nítida de las profundidades de esta angustia que reusamos ocultar o disimular; y sólo desde esta autenticidad, lo más sincera posible, podremos encontrarnos con nuestros hermanos también miserables y con Jesús, el abandonado.

El fracaso del que hablamos aquí va mucho más allá de las consecuencias de las faltas personales, o de la medida de las debilidades que empañan las almas más generosas. Surge más bien de nuestras incapacidades involuntarias; de las falsas ilusiones que, sin saberlo, hemos sufrido y compartido con nues-

tra época; de las desgracias de un mundo que, aun respondiendo a hechos externos, han llegado a traspasar nuestra propia vida. Es un fracaso ligado a una impotencia fundamental, esencial a nuestra condición de criaturas, y a la fractura implícita entre nuestro destino, nuestra vocación y nuestra dignidad. Esta miseria, tanto más evidente cuanto más generoso es el esfuerzo espiritual, se manifiesta sobre todo en los límites, tan pronto alcanzados, de nuestro servicio, en el misterio de nuestra incapacidad para comunicar lo mejor de nuestra vida, aquello de lo que otros podrían necesitar recibir más de nosotros. Comunicación que, por otra parte, también nos llenaría, y que a medida que avanza la vida, aparece a la vez como algo infinitamente deseable y asimismo imposible.

En su condición de Dios hecho hombre, Jesús experimentó en grado máximo el sufrimiento de la criatura llamada a lo universal, del amor devorando una carne incapaz. Su ejemplo, el influjo que brota de su obediencia y de su aceptación, permite al solitario no perder el ánimo, y le ofrece la perspectiva de una eficacia que ya no es en absoluto este mundo: Jesús, perdiéndose, sin ser reconocido, en la inmensa humanidad, la salva a pesar de todo.

El cristiano descrito por Légaut es un solitario: la Iglesia le habrá entrenado para el duro enfrentamiento que impone su condición, pero en los momentos decisivos debe afrontar un combate en el que lucha él solo. Sin embargo, ¿Es esto realmente así? ¿Acaso la Iglesia en esta tierra nos ha dejado alguna vez solos? Al contrario de algunas sociedades “cerradas”, por muy santas que sean, el Cuerpo en el que Cristo nos reúne más allá de la historia, ¿no representa un entorno completamente original en el que, hasta cierto punto, sin exigencias ni facilidades adormecedoras —más bien al contrario—, se aligeran, ya en este mundo, los tormentos de la soledad, el peso de ser criatura, y en el que se restablece cierta comunicación entre los creyentes? ¿No es ella, además, la depositaria del Espíritu? Estas preguntas —a modo de crítica, sin duda

justificada, frente a todos los sociologismos bajo los que a menudo encasillamos irreflexivamente el auténtico rostro de la Iglesia-, podremos plantearlas después de leer el último capítulo, punzante recordatorio de las exigencias de una verdadera religión en espíritu. Légaut diría: la religión de las Bienaventuranzas.

Traducción: Miquel Calsina Buscà